

LA SUBVERSIÓN DE LOS IDEALES FEMENINOS A TRAVÉS DE LA VIOLENCIA EN *JASMINE* DE BHARATI MUKHERJEE

Laura Peco González
Universidad Alfonso X el Sabio
laura@uax.es

RESUMEN

El nuevo (des)orden mundial está marcado por la presencia compleja de distintos modelos de violencia. La escritora de origen indio y nacionalidad estadounidense, Bharati Mukherjee, articula en su obra, y más concretamente en su novela *Jasmine*, distintas representaciones de la expresión de la violencia desde un prisma innovador. Rompe aquí con los arquetipos de sumisión y pasividad que marcan su procedencia y su género en un difícil equilibrio entre lo físico y lo psicológico. Mukherjee cuestiona los valores morales y aporta un nuevo enfoque a la experiencia migratoria femenina que se desmarca del victimismo tradicional y que defiende la supervivencia por encima de los convencionalismos.

PALABRAS CLAVE: novela; violencia; multiculturalismo; inmigración; supervivencia; transformación; adaptación; estereotipos femeninos.

ABSTRACT

Bharati Mukherjee presents in her work, and more specifically in her novel *Jasmine*, different representations of violence from an innovative and dramatic perspective. This novel dismantles the archetypes of Indian female passivity in a difficult balance between the physical and the psychological. Mukherjee questions moral values and proposes a new approach to the feminine migration experience, which defends female survival over established conventionalisms.

KEY WORDS: novel; violence; multiculturalism; migration; survival; transformation; adaptability; female stereotypes.

Bharati Mukherjee se erige, por un lado, como portavoz del inmigrante y, por otro, como cronista de un final de siglo marcado, entre otros aspectos, por el choque entre culturas, los movimientos poblacionales y la gestación de una mentalidad global. De la exploración de la realidad social contemporánea que realiza en su ficción saca una conclusión a la par innegable e inquietante: el inmigrante debe rehacerse y reinventarse en el proceso de pertenencia a una nueva cultura. Pero en ningún caso se trata de una incorporación mediocre. Mukherjee destaca por el toque vibrante de sus personajes, problemáticos y polémicos, negativos y positivos, que progresivamente y de forma cambiante representan el tema fundamental de su obra: la construcción de una nueva América. En este sentido, explica su necesidad de plasmar en su ficción que la llegada de otras etnias implica una reconstrucción del panorama social estadounidense contemporáneo. Desde un punto de vista estrictamente social, la función de su obra es la de redefinir y remodelar el término «multiculturalismo».

Mukherjee ha sido duramente criticada por sus cambios de opinión y sus posiciones consideradas como contradictorias, aspectos que ella justifica desde una necesidad de transformación y de evolución de las mujeres inmigrantes como parte del proceso vital y de una maduración personal (Connell, Grearson & Grimes, 1990). Con su escritura pone de manifiesto su habilidad para comprimir la dificultad y la desorientación de la experiencia migratoria en relatos metafóricos que exploran las ramificaciones de la población global en constante proceso de variación. Su obra se constituye como una serie de parábolas concisas sobre la naturaleza del cambio cultural y la dureza que puede entrañar para cada uno de los ciudadanos, independientemente de su procedencia.

En este panorama sociocultural juega un papel indiscutible la presencia de la violencia y Mukherjee investiga este aspecto desde múltiples ángulos y enfoques. La representación psicológica de la violencia, desde una distante ironía, en las vidas de mujeres geográficamente transplantadas es un aspecto fundamental de su obra, tal y como destaca Gurleen Grewal en «Born Again American: The Immigrant Consciousness in *Jasmine*» (1993: 185). La presencia de la violencia ha sido considerada a menudo como excesiva e innecesaria (Dayal, 1993; Shankar, 1995; Ruppel, 1995) pero recalca claramente los trastornos y el trauma del desplazamiento. En cada obra la representación de la agresividad, el caos y el mal tiene un significado determinado y concreto que responde a una trayectoria autobiográfica visible aunque sobredimensionada. *Wife* (1975) recalca el profundo desasosiego psicológico que experimenta una mujer india en América y cómo esta situación le conduce a ejercer la violencia de forma brutal. La primera serie de relatos cortos, *Darkness* (1985), parece ser una alusión directa al racismo percibido y sufrido por la autora en Canadá. Esta experiencia tan amarga y el contraste con su vivencia en el país vecino le conduce a una manifestación pública a favor de los Estados Unidos en un polémico artículo, «Immigrant Writing: Give Us Your Maximalists!», publicado en 1988 en *New York Times Review*, en el que declara que se siente ciudadana estadounidense. Con todo, la novela que mejor refleja la presión y el precio que la mujer inmigrante parece tener que pagar para asimilarse en la sociedad americana es *Jasmine* (1989).

La presencia de la violencia en sus novelas constituye irónicamente una denuncia de la misma, no sólo con respecto al panorama social e individual a través de la crítica a la participación de este país en los conflictos de Vietnam y Corea, sino también al terro-

rismo Sikh en la India y en el plano internacional¹. Del mismo modo, la autora explora la globalización y la contemporaneidad social (Moyers, 2003: 1), ofreciendo una nutrida galería de dibujos de asesinos en serie y de dementes que van dejando muertes a su paso ante la imposibilidad de resolver sus conflictos personales y sociales.

La violencia como demostración de la filosofía evolutiva y cambiante del inmigrante se pone de manifiesto de forma más virulenta en su novela *Jasmine*. En ella, nos relata la historia de una mujer joven de origen indio que es capaz, a pesar de las adversidades constantes, de transformarse profundamente, remitiendo al lector a la filosofía hindú y a su principio de las transmutaciones del alma. La protagonista proviene de lo profundo de la sociedad rural punjabí, lugar propicio para comenzar el periplo migratorio, tanto geográfico como interno, y para contrastar el viejo y el nuevo mundo. La depresión económica en la que se encuentra sumida la familia de Jasmine tras el abandono forzoso de Lahore como fruto de la Partición, la falta de oportunidades de éxito y los problemas sociales del entorno generados por este gran cambio político conforman un retrato de la realidad histórica de la década de los 40 en la India. En efecto, *Jasmine* ofrece un panorama doloroso y fetichista en el que abundan las víctimas de la injusticia social y el fanatismo religioso y en el que ni siquiera el cumplimiento de la norma es garantía de seguridad. La protagonista elige a su joven marido, Prakash, progresista y moderno, pero su vida se trunca cuando es asesinado en un atentado terrorista. En medio del caos que Mukherjee va subrayando, destaca la voz única y singular de la heroína forzada a crecer y a transformarse dramáticamente para sobrevivir. La gran innovación de esta novela y de su creadora se haya en el relato de la experiencia migratoria como maduración femenina a través de un personaje camaleónico.

El motivo que la conduce a América parece remoto, aberrante y violento desde un punto de vista occidental: el cumplimiento del ceremonial del *sati*². La alternativa a la muerte o, mejor dicho, el mecanismo que transforma la muerte en renacimiento es, irónicamente, la violación que sufre nada más llegar a los Estados Unidos a manos del capitán del barco que la ha conducido hasta el nuevo mundo. Esta escena se convierte en un escenario ritual y atávico en el que todo tiene un precio, particularmente la llegada al nuevo continente. En su decisión de renacer, Jasmine asesina al violador, pasa por un gueto indio urbano del que huye para no sucumbir a la desidia y a la mediocridad del exiliado eterno, y se convierte en niñera en un núcleo familiar que condensa todos los elementos positivos y contemporáneos del estilo de vida americano. Tras el encuentro fortuito con el terrorista que puso fin a la vida de su marido, huye de nuevo para adentrarse en la Iowa rural. Allí pasa a ser el *alter ego* contemporáneo de la mítica Jane Eyre con su nueva pareja, Bud, encadenado a una silla de ruedas y con quien comparte un hijo adolescente vietnamita adoptado. La opción final de la protagonista es la ruptura del código moral, al tomar la decisión de abandonar a su pareja para ir al oeste con Taylor, el profesor que le dio su primer trabajo digno en América.

¹ La presencia de los Estados Unidos en conflictos bélicos está presente no sólo en *Jasmine*, sino también en *Leave It to Me* y *The Middleman and Other Stories*. El terrorismo de grupos Sikh se menciona en *The Tiger's Daughter*, *The Sorrow and the Terror* y *Jasmine* y el terrorismo que puede denominarse internacional se encuentra también en *The Middleman and Other Stories*.

² La opción hindú de la viuda de prenderse fuego en una pira para unirse al marido. La alternativa, permanecer viuda, está marcada por la escasez de posibilidades, el aislamiento social y, en general, el ostracismo.

En esta trama tan compleja —mezcla del género picaresco y de la novela «on the road» de los sesenta—, Jasmine va transformándose a medida que se cruzan en su camino distintos personajes que van gradualmente completando el recorrido hacia la asimilación en el hogar adoptivo, creando, de este modo, un postulado innovador sobre el choque cultural. Como ya he mencionado, Mukherjee experimentó en su propia persona el sufrimiento psicológico como consecuencia de las pocas posibilidades de adaptación al entorno canadiense. Posteriormente lo sobredimensionó en el texto para plasmar el sufrimiento resultante de los prejuicios raciales y los trastornos psicológicos en el sustrato del terrorismo mundial (Morton-Mollo, 2000: 3). Desde un punto de vista más positivo, la constatación de la existencia de la violencia y el mal como parte del orden contemporáneo es, hasta cierto punto, la causa de la capacidad evolutiva de los personajes. Junto con *Wife* (1990), *Jasmine* es la novela que recoge las expresiones más variadas de violencia, ya sea sexual, política, religiosa o social, además de la auto-lesión que se producen ambas protagonistas.

Jasmine recurre a la realidad primero india y luego americana, para advertir al lector de que el mundo en el que vivimos es un espacio inseguro y cambiante, dominado, hasta cierto punto, por la maldad y la violencia. Por ello, es necesario adaptarse al medio para sobrevivir. La gran paradoja de la novela radica en que, si bien la protagonista parte con notables limitaciones históricas y sociales, por su procedencia de un país colonizado y tercermundista en un entorno rural y por su condición femenina, sin embargo, es una superviviente, pionera por su capacidad camaleónica de moldearse y adaptarse a entornos desconocidos. En efecto, Mukherjee confirma que aspectos aparentemente negativos como la pertenencia a una minoría o la falta de equilibrio de género, no sólo deben ser transformados y reescritos como positivos, renovadores y enriquecedores, sino que cuanto más dura es la realidad más se agudizan la determinación positiva y el dinamismo de la protagonista.

La escritora Shashi Deshpande en el interesante artículo «The Indian woman – Stereotypes, Images and Realities» incide en la necesidad de desarticular los mitos que denigran y empequeñecen el papel de las mujeres porque condicionan nuestras ideas tan poderosamente que resulta muy complejo el desvincularlos de la realidad (1997: 1). Estos mitos están tan anclados en el inconsciente colectivo que han pasado a convertirse, en muchos casos, en arquetipos positivos o negativos. De este modo, la mujer «buena» llega a su propia negación en la supeditación al «otro». Jasmine ha sido un personaje muy criticado por la decisión progresiva de dismantelar los mitos culturales más profundos sin renunciar por ello a sus orígenes culturales. Si desde un punto de vista tradicional, la mujer «buena» es siempre india, en la novela anglo-india la mujer «mala» es frecuentemente la mujer occidental porque está expuesta a la diversidad y a múltiples libertades que la alejan de modelos clásicos de subyugación y virtud. Desde la perspectiva hindú, la Jasmine inicial aspira a la pureza de la diosa Sita, la lealtad de Draupadi o la belleza de Savitri entre otros modelos clásicos femeninos. Pero con su marcha a los Estados Unidos, la protagonista paulatinamente se rebela y establece sus propios principios basados en la necesidad de sobrevivir y de recrear su identidad en función de una elección personal.

Mukherjee recurre a la mitología hindú para analizar la capacidad de supervivencia y reencarnación como elementos integrales, íntimamente vinculados a las sucesivas re-

construcciones de la persona. En *Jasmine*, la escritora metaforiza más profundamente la evolución de la identidad femenina. La supervivencia se observa en la metamorfosis de la mujer inmigrante surasiática a través de su capacidad de auto-inventarse y de su adquisición de un poder interno que le otorga la liberación del alma por medio de la ruptura con un destino predeterminado. Sin embargo, este proceso está marcado por la violencia y por cambios bruscos y dolorosos, lo que ha generado opiniones controvertidas con frecuencia opuestas. Para críticos como Lavina Dhingra Shankar (1995), todos estos cambios o reencarnaciones pueden entenderse como respuesta a un comportamiento egoísta y moralmente dudoso de la protagonista, quien parece aprovecharse de la hospitalidad y de los vínculos de tipo afectivo en beneficio propio, lo que define como:

(...) a capricious escape in reaction to external circumstances, not as rational, well-thought, proactive attempt to become an internally liberated individual or as planned, rational choice to be personally and spiritually strengthened. (1995: 2)

Sin embargo, *Jasmine* se encuentra en un éxodo constante que no obedece a una decisión caprichosa sino a la necesidad de su propia supervivencia. Necesita por ello separarse de los estereotipos femeninos, convirtiéndose en una mujer solitaria, más valiente y menos víctima que la mujer supeditada a la tradición hindú.

La mezcla de contradicciones e incongruencias es un recurso que permite a la autora subrayar la ambivalencia del inmigrante en general y, más concretamente, de la mujer. Sant-Wade y Radell en su artículo «Refashioning the Self: Immigrant Women in Bharati Mukherjee's *New World*» (1992: 12) comparan el renacimiento de la identidad con el nacimiento del ser, un proceso duro, violento e inevitable. No obstante, este aspecto arduo combina con un desenlace que deja entrever un aspecto resolutivo, situando a la protagonista en una encrucijada que se resuelve finalmente con una aparente evolución personal hacia una liberación o, al menos, con un alejamiento gradual e insistente de la pasividad y la desidia.

Precisamente, en esta novela Mukherjee se aleja de los modelos clásicos femeninos dentro del panteísmo hindú, acercándose a la más problemática de las deidades femeninas, Kali, para representar algunas de las reencarnaciones de *Jasmine*. La proyección en esta diosa le procura la oportunidad de adquirir una autonomía para ejercer una libertad que no había existido con anterioridad. Kali es la reencarnación de Durga, la matriarca que preserva el bien y destruye el mal, y utiliza su poder de manera controlada, aunque, sin embargo, expresa un furor insano y descontrolado. Es decir, Kali presenta un aspecto dual y aparece en la jerarquía de deidades en el estrato superior y más abstracto de la divinidad. La transformación simbólica de *Jasmine* en Kali expresa el abismo en el que la protagonista se ve sumida cuando es violada, pero también permite el inicio del cambio, la renuncia a lo anterior y el comienzo de una nueva trayectoria que la conduzca a la exploración absoluta de sí misma, a la consolidación de una identidad acorde con un espíritu plural y, en definitiva, al fin hindú: la desvinculación de las limitaciones anteriores y la libertad del alma. Tras la violación, *Jasmine* transforma su proyecto de muerte inmediata, para cumplir su deber de viuda en la ceremonia del «sati», en una misión divina, acabando con la vida de su agresor y comenzando una vida nueva y diferente en América.

En este sentido, Mukherjee articula la violencia como un mecanismo detonante de cambio y transformación, como el inicio de una catarsis en la mujer inmigrante que debe acabar con los aspectos restrictivos del pasado. Así lo confirma Jasmine cuando dice: «there are no harmless, compassionate ways to remake oneself. We murder who we were so we can rebirth ourselves in the images of dreams» (29). Esta obra desmitifica los modelos femeninos de la novela anglo-india, aspecto que diferencia a Bharati Mukherjee de otras autoras que escriben sobre la experiencia migratoria femenina.

Los actos violentos son también múltiples y están sujetos a distintas interpretaciones. En esta novela las mujeres no son sólo víctimas sino que también ejercen la violencia. Cuando Jasmine se convierte en agente ejerce un acto de insurrección suprema contra su opresor, no sólo como autodefensa, sino también como rebelión ante la subyugación femenina y ante el menosprecio histórico que ha sufrido por parte de la figura masculina. Se trata de una ruptura drástica de los valores hindúes tradicionales y específicamente naturalizados e impuestos como femeninos: el matrimonio, la fidelidad conyugal, la maternidad, la conservación del hogar y la preservación de la armonía familiar. El ejercicio de la violencia femenina no es baladí, sino que está moralmente justificado por un ataque anterior y el lector intuye que es imperativo para la supervivencia más inmediata. A pesar de ello, el ejercicio de la violencia supone para Jasmine el punto de partida de una autodeterminación, además de la adquisición de un poder hasta entonces desconocido. Con esta conducta, la escritora propone la recreación de la protagonista en agente justiciero para, de ese modo, zanjar la ancestral victimización femenina. Esta visión controvertida y perturbadora es sólo posible a través de un choque brutal, tanto físico como interno, producido por la migración. Sólo entonces, promulga Mukherjee, es posible despojarse de las limitaciones y del conflicto entre tradición y modernidad a las que han estado supeditadas las mujeres postcoloniales por su sexo y por su procedencia.

A través de una técnica narrativa que incorpora elementos situacionales y simbólicos, entretejiéndolos en el texto, Mukherjee nos propone una transformación paulatina de Jasmine en la adquisición de un criterio perfilado aunque no por ello definitivo. Su actitud moral ha sido criticada por alejarse de los patrones tradicionales y resultar, por ello, poco creíble. Sin embargo, la originalidad de la escritora radica en el desmantelamiento del discurso hegemónico, en este caso del de la mujer inmigrante, víctima desamparada que recurre a una imagen idealizada de su patria original, a menudo paralizadora. Las protagonistas de las novelas y, más concretamente, Jasmine, son en algún momento víctimas de la violencia y es en este momento cuando experimentan un revulsivo interno de tales dimensiones que cuestiona su posición vital anterior para articular una nueva persona. Para Lavina Dhingra Shankar (1995: 1) la escritora alienta a la violencia como mecanismo para conferir poder a la mujer asiática tradicionalmente victimizada. De este modo, rompe con el papel típico femenino de procreadoras y esposas abnegadas para erigirse en personajes que son capaces de destruir. En este sentido, como explica Samir Dayal (1993: 65), la violencia es la otra cara del poder, ya que la capacidad de asumir su importancia supone la comprensión del juego de las estructuras de poder en el contexto diaspórico postcolonial. Este aspecto destructivo supone el desmantelamiento metafórico y real, no sólo de los presupuestos femeninos tradicionales, sino también de los masculinos. Lavina Dhingra Shankar (1995: 4) critica el planteamiento de Mukherjee, ya que,

a su juicio, el recurso de la violencia como reivindicación de la mujer surasiática, anula los mecanismos pacíficos y positivos y además revela una complicidad y una interiorización afines a la retórica feminista estadounidense que tan duramente critica la novelista. Sin embargo, conviene recordar la infancia de la protagonista en la India en un marco rural en el que se fomentaba el catastrofismo político y en el que existía una profunda incertidumbre política que anunciaba un futuro poco alentador en la traumática transformación de la India postcolonial en nación independiente:

Sikh nationalists had gotten out of hand... The Khalsa Lions were making bombs... Kalashnikov and Uzi-armed terrorists on mopeds were picking off the moderates, the police, innocent Hindus... Vancouver Singh's farm was a safe house for drug pushers and gunmen... Punjab would explode in months, maybe even days... Hindus would be smart to get out while they could... The whole country was a bloody mess. (64-65)

En este sentido, la expresión de la violencia es también un medio para acercar los personajes y la realidad del mundo contemporáneo mundial a la del lector y no cabe duda de que existen ciertas connotaciones socioculturales y políticas específicas en la expresión de la agresividad contemporánea en esta ficción. En la descripción de la violencia en la India, la escritora recurre a una alegoría arquetípica creada en gran medida por el contraste con Occidente, y, de este modo, el país originario es descrito como represivo, feudal, bárbaro y subdesarrollado con el fin de justificar la marcha improbable de una mujer joven y sola a América. Así lo confirma la escritora cuando explica: «I had to give her (Jasmine) a society that was so regressive, traditional, so caste-bound, genderist, that she could discard it» (Connell, Grearson & Grimes, 1990: 19).

Rachel C. Lee en un interesante análisis en *The Americas of Asian American Literature* (1999: 27) sobre las incongruencias y contradicciones en la representación de América, muestra que los Estados Unidos aparecen a menudo descritos en la literatura asio-americana como un lugar de contradicciones, de desigualdad racial y violencia arbitraria, por un lado, pero, por otro, de lucha social enriquecedora y de armonía racial:

In the contradictions among these portraits, one sees the outlines of two Americas, one that fails its promise of socioeconomic equality, and the other that endures as a space of idealism and racial coexistence located in the hearts of all peoples who believe in a sense of cross-cultural brotherhood. (1999: 27)

La marcha a una América dinámica y prometedora no supone, sin embargo, el distanciamiento de un entorno social hostil sino la constatación del desorden mundial y la sustitución del entorno geográfico de la violencia, al ser ésta parte también innegable y natural del panorama social norteamericano. En los Estados Unidos la violencia surge a menudo como consecuencia de la convivencia de culturas diversas y la amenaza que percibe el americano medio ante esta realidad multicultural. Paradójicamente, en el paradigma de libertad, desarrollo y progreso que los Estados Unidos representan, los ciudadanos provenientes del Tercer Mundo son en esta novela permanentemente cuestionados. América se erige como el epicentro de la cultura capitalista y una de sus características incuestionables es precisamente la violencia. Como explica Fredic Jameson en *Post-Modernism or the Cultural Logic of Late Capitalism* (1991: 5), la dominación tanto econó-

mica como militar de los Estados Unidos lleva inherente la presencia de muerte, destrucción y terror.

En los personajes principales de *Jasmine* existe la conciencia del desorden y el caos en el que habitan, que Samir Dayal (1996: 66) define como entropías. Para el crítico, la búsqueda personal no consiste tanto en una huida del entorno cuanto en una comunión con el caos y la violencia que, en último lugar, conducen a esa transformación interna profunda y necesaria.

Jasmine, la protagonista, muestra un aparente desinterés por echar raíces y, desde su conciencia nómada, opta por deambular por un universo que Mukherjee define desde la teoría del caos de James Gleick (1987). Su aparente trasiego espacial es la expresión física de un cambio psicológico que le permite asimilar con asombrosa facilidad los actos violentos que tienen lugar a su alrededor. Al compás de la experimentación y la sofisticación de sus representaciones a lo largo de la novela se produce un aumento de los niveles de violencia y una diversificación de sus mecanismos.

La trama está condicionada por la violencia desde el inicio. La escena que abre la novela no podía ser más premonitrice: un astrólogo predice la muerte del marido y el exilio de la protagonista. Este mismo comienzo constata la presencia natural de la violencia y, más concretamente, contra el género femenino, ejercida en muchos casos por parte de las propias mujeres. El comienzo de la novela constata esta naturalidad producto del discurso cultural vigente. En el entorno rural de la India, en el que nace Jasmine, el nacimiento de una niña ha sido considerado tradicionalmente como una maldición y como signo del malestar divino. Pero, aún así, Mukherjee insiste en las posibilidades de la protagonista cuando ésta narra la primera agresión que recibe de manos de su propia madre y que justifica con las siguientes palabras: «My mother was a sniper. She wanted to spare me the pain of a dowryless bride. My mother wanted a happy life for me» (40). Con estas palabras se constata que la felicidad femenina es difícil de conseguir, incluso imposible si no se puede ofrecer una dote adecuada para asegurar el beneplácito del marido y de la familia política. En cualquier caso, el panorama femenino es desolador: «All over our district, bad luck dogged dowryless wives, barren wives. They fell into wells, they got run over by trains, they burned to death heating milk on kerosene stoves» (41).

La heroína destaca en este entorno porque no se siente parte de él y, sobre todo, porque no hace nada por ocultar su falta de aquiescencia. Su supervivencia parece estar marcada por la casualidad y por una resolución espontánea de no sucumbir a los patrones dictados. Sin embargo, para que ella sobreviva a la muerte y a la destrucción, otros deben morir. Todas y cada una de las transformaciones que sufre la heroína van acompañadas de violencia como confirmación de que la estabilidad y la identidad son precarias. El cambio de mujer rural en mujer urbana de la protagonista supone el pasar por lo que el crítico Samir Dayal (1993: 70) define como «bautismo violento».

La innovadora visión que la autora proporciona de la violencia en la novela es el paso del caos y la destrucción a una transformación interna que, en última instancia, es generadora de vida por muy contradictorio que ello parezca. De este modo, la violencia se convierte en un elemento que confirma la actitud vital de la heroína. Esta filosofía se plasma poderosamente en la escena de la violación que la protagonista sufre nada más llegar a América por parte del capitán del barco. La ironía y la paradoja son elementos claves para comprender la enorme fuerza de la escena. El capitán, que tiene el apodo de

Half Face, por su cara desfigurada, es el conductor hacia el Nuevo Mundo, un mundo que resulta ser despiadado, sobre todo si se es mujer. La descripción de este hombre resulta casi grotesca por el cúmulo de connotaciones negativas. La acción violenta que ejerce sobre la protagonista confirma una doble experiencia que, sin ningún género de dudas, configura su futuro. El hecho de sufrir físicamente la maldad predispone a Jasmine convertirse en agente violento, eliminando cualquier duda moral que pudiera sentir al respecto. Si hasta ahora se había limitado a ser testigo de la violencia, la violación entraña el enfrentamiento real a las fuerzas del mal y la comprensión totalmente lúcida de la extrema dureza de la vida:

For the first time in my life, I understood what life was about. It was about not being human. Half Face was from an underworld of evil. It was very simple, a very clear perception, a moment of truth, the kind of understanding that I have heard comes at the moment of death. (116)

El retrato de *Half Face* es claro: un ser sin escrúpulos, significativamente excombatiente del Vietnam, que se aprovecha de la debilidad de los inmigrantes, precisamente los que le dan de comer en su tráfico ilegal. Jasmine es para él la representación de la lógica de la guerra de la cual formó parte en Vietnam y la amenaza del inmigrante que le está usurpando el país. Con la violación expresa un racismo que tiñe de sentimiento nacionalista y una ira por la apropiación de la abundancia hegemónica que representan los Estados Unidos. El capitán es víctima, pues, de su propia inseguridad y de un complejo de inferioridad que surge ante la amenaza que supone la inmigración para la hegemonía americana, aspecto éste ya retratado por la escritora en el protagonista de «Loose Ends» en *The Middleman and Other Stories* (1990). De hecho, con su violencia confirma la noción imperialista extrema según la cual los inmigrantes son sujetos voluntariamente sometidos (Sharma Knippling, 1996: 6). En esta línea de pensamiento, Gail Ching-Liang Low (1993: 16) interpreta que la violación de la mujer india neutraliza el sentimiento de amenaza que siente el hombre americano.

Cuando la protagonista reacciona decidiendo tomar las riendas de la situación, movida por la rabia pero, sobre todo, por la necesidad de sobrevivir, cambia su rumbo vital. Recreándose a sí misma a imagen de la diosa Kali, mata para generar un ciclo de renacimiento que permita alterar el curso de los acontecimientos y transformar su condición histórica de subalterna, doblemente conformada por su feminidad y por su condición de inmigrante. De este modo, se rompe el mito de pasividad y disponibilidad de la mujer oriental para configurar una ética de la supervivencia que se convertirá en su lema desde este momento. Súbitamente, su sueño de convertirse en la viuda mártir que se suicida para unirse a su marido se desvanece, fruto de la impureza que comete. Paradójicamente, esta decisión implica su salvación, y la escena en la que asesina a su violador conduce a una catarsis que genera el desmantelamiento de las premisas anteriores, ancladas en la tradición y en el deber, para permitir la formulación de un nuevo planteamiento vital de progreso absolutamente diferente al preestablecido.

El estoicismo y la aparente frialdad con los que la protagonista asesina responden al ideal supremo hindú de no-vinculación a lo material. De este modo, rechaza la ignorancia y opta por llegar al fin del ciclo de las reencarnaciones y con ello acabar con las de-

pendencias terrenales y el sufrimiento. Delante del espejo, con una navaja, regalada premonitoriamente por uno de sus compañeros ilegales de viaje, Jasmine se corta la lengua recreando la boca y el mentón ensangrentados con los que aparece representada la diosa Kali en una preparación simbólica y premeditada:

I put on my pants and wrapped myself in the towel for the iciness outside. He was, as I had hoped, asleep in his total nakedness, hands clasped peacefully around the glass of half-drunk whiskey balanced on his chest. I drew close to the side of the bed, next to the nightstand, where I could study the good side of his face.(118)

En esta escena se produce, sin ningún género de dudas, el momento más cargado de simbolismo, cuando en la conciencia de la protagonista chocan, por un lado, la necesidad de ejecutar y de ver sufrir al agresor, sumiéndolo en la impotencia y el dolor físico que ella misma ha sufrido y, por otro, muestra un cambio de roles por el cual la víctima pasa a ser agente. Mukherjee capta tanto la violencia física como el sentimiento de venganza que Jasmine pretende extraer de su ejecución:

He had last seen me, naked, but now with my mouth open, pouring blood, my red tongue out I wanted that extra hundredth of a second when the blade bit deeper than any insect, when I jumped back as he jerked forward, slapping at his neck while blood, rushed between his fingers. (118)

La autora une lo literal y lo metafórico asociando la mitología hindú con la violencia. En este sentido, ha recalcado que su intención es la de mostrar a Kali como la diosa que destruye pero con el fin último de renovar el mundo (Connell, 1990: 5). Como acertadamente explica Timothy P. Ruppel (1995: 5), con el asesinato del violador, se lleva a cabo una apropiación y una inscripción de la vulnerabilidad y disponibilidad femeninas como activa resistencia a la narrativa patriarcal con la navaja como instrumento simbólico fálico con el cual ella también logra penetrar. Por otro lado, Roi Koike en «Tornado(s) with the Inicial «J»: the Meaning of Chaos Theory in Mukherjee's *Jasmine*» (1994) considera que la determinación de la protagonista de asesinar a su violador se debe a que éste es el representante del mal, de la intransigencia, de la agresividad y de la prepotencia masculinas, dentro del intrincado y poderoso simbolismo de la novela. Este personaje tan negativo permite que la protagonista redefina su propia elección en función de la promesa de América, alejándose de las limitaciones de género habituales en el Tercer Mundo.

Mukherjee subraya y acentúa sobremanera los estereotipos racistas como estrategia para realzar el frágil equilibrio de la superioridad cultural y el monopolio económico estadounidense. Pero también destaca la capacidad del país de rehacerse desde un punto de vista abstracto —los valores y las posibilidades— y también concreto —la comodidad económica—. Aunque paradójico, es éste el entorno en el que se llevan a cabo las transmutaciones del alma, poderosamente ancladas a unos presupuestos más prácticos que religiosos. En *Jasmine* la destrucción y la creación conforman un todo, una representación de lo absoluto en términos teológicos hindúes. La mujer se convierte en agente pero sólo una vez que está en América en un espacio en el que, tal y como aclara la autora, «violence is just under the skin of real life» (Connell, 1990: 27).

Si bien el momento de la violación y posterior asesinato es el más teñido de contenidos y simbología, el resto del texto sigue ofreciendo una visión completa y, desgraciadamente real del panorama social estadounidense y la existencia casi familiar de elementos destructivos que van fraguando en el crisol postmoderno de la sociedad americana.

En efecto, a medida que avanza la novela, se confirma la presencia de la violencia y cómo forma parte del medio. Desde Nueva York hasta Iowa, Jasmine va constatando un extraño paralelismo entre oriente y occidente. Si la violencia en la región del Punjab de donde procede estaba sujeta a problemas políticos y sociales, en Iowa se expresa como frustración generada por el descontento económico, en realidad la excusa que encubre una crisis nacional. En este estado, los americanos parecen menos preparados para asumir la presencia de otras etnias y la desintegración de la tradición que sufren los estadounidenses. Una serie de acontecimientos violentos (la pareja de la protagonista, Bud, encadenada a una silla de ruedas por un disparo, el vecino que se suicida y la violencia doméstica del entorno) confirman la rabia y el caos latente. La violencia forma parte de lo cotidiano, lo que Samir Dayal (1993: 74) considera una forma de evitar la confrontación con la realidad: «the victims, the perpetrators, and the observers of the violence were benumbing or anesthetizing themselves against an excess of reality».

En este entorno destaca la calidad de superviviente de la protagonista que afronta lo que sucede a su alrededor, a veces de forma muy fría. Sus defensas ante esta desolación son su personalidad camaleónica y la apropiación positiva de los momentos que conforman su compleja evolución personal. Su ímpetu e intensidad, así como la resistencia a la norma, se expresan en el continuo cambio de nombres, cada uno de los cuales simboliza un paso en su incorporación al medio y una transmutación de identidades. Tanto ella como su hijo adoptivo de procedencia vietnamita reconocen la violencia y la integran como parte innegable de su realidad.

La facilidad para crear vínculos afectivos, la transitoriedad de éstos y la incapacidad, al menos aparente, de conservar un entorno conforman el carácter nómada e híbrido de la protagonista. Jasmine admite sus poderes destructivos en su reconocimiento de que trae mala suerte a los hombres que de alguna manera han formado parte de su vida³. Cuando se autodenomina como un tornado, de alguna manera está asumiendo sus responsabilidades frente a la línea tradicional femenina en la que la mujer carga con un sentimiento de culpa innecesario y negativo que contrasta con su capacidad resolutive y de progreso. Desde una perspectiva positiva, Roi Koike (1994: 12) establece una interesante relación entre la teoría del caos de James Gleick y la naturaleza de Jasmine que genera energía a partir de las catástrofes de las que directa o indirectamente forma parte. La violencia se convierte en el motor paradójico que reconvierte lo negativo, lo amoral, lo socialmente inadmisibles en el punto de partida del cambio.

Mukherjee logra plasmar con éxito en su obra el choque entre discursos culturales y el modo en que éstos puedan llegar a generar violencia. Ésta recae en gran medida sobre el punto de inflexión de ambos registros culturales, en el ciudadano híbrido que es con-

³ El atentado terrorista en el que muere su marido, Prakash, en la India estaba dirigido contra ella por no guardar, según los radicales Sikh, las normas de vestimenta femeninas. Ya en los Estados Unidos, asesina a su violador, abandona a Taylor y a la hija adoptiva de éste de forma súbita. En Iowa, desintegra el núcleo familiar de su pareja, Bud, un banquero esclavizado a una silla de ruedas por un tiro recibido de un vecino y, por último, abandona a éste para retomar la relación iniciada con Taylor.

siderado de forma alternativa como «descastado» o también como vaso comunicante entre culturas. Para Mukherjee la violencia, además de elemento intrínseco de la contemporaneidad, se convierte en un recurso para la transformación y la posterior integración, un canto a una libertad singular mediatizada por la ruptura con la supremacía blanca y la continuación de la explotación capitalista global que conforman el Sueño Americano. Pero es también la expresión de una confianza en una ruptura de barreras –aunque sea dolorosa– que permita que el ciudadano híbrido se mueva entre discursos alternativos para elegir el más adecuado para cada uno.

En *Jasmine*, Bharati Mukherjee pone de manifiesto que en la era multicultural no existen patrones ni tradiciones en las que apoyarse con certeza. El mensaje es claro y expedito: la violencia funciona en esta novela como impulso para superar los aspectos restrictivos de la experiencia migratoria femenina. *Jasmine* integra una visión realista con una fabulada en una representación que combina el pragmatismo occidental y la riqueza de la herencia cultural hindú. La heroína desmantela gradualmente la ansiedad y el desarraigo psicológico e histórico en el trayecto del exilio a la integración. En su ámbito psicológico chocan fuerzas ocultas, necesarias para enfrentarse a la tensión cultural, a menudo representada con expresiones de la violencia, a veces brutal, otras sofisticada, siempre compleja. La violencia y el caos forman parte del medio por lo que su presencia en el texto responde a la percepción de la realidad contemporánea. Mukherjee intercala elementos mitológicos y reales para describir el proceso de rebelión femenina que radica, por un lado, en la superación de la cultura familiar, la ruptura y la liberación de la superstición y la adaptación a un entorno hostil y, por otro, en la apropiación interesada de aquellos elementos de la tradición y la contemporaneidad que le sean válidos en la consolidación de una identidad única e intransferible y culturalmente híbrida.

El viaje físico es una metáfora del recorrido interior en búsqueda de sí misma, pero también es un desafío porque a lo largo de él, debe romper con normas y discursos familiares, legales, culturales y nacionales. La ironía y la realidad radican en que la remodelación alberga sentimientos contrapuestos que subrayan la celebración y el dolor como partes esenciales de esta experiencia. *Jasmine* revela la presión que han sentido y siguen sintiendo las inmigrantes en la sociedad americana. Bharati Mukherjee da rienda suelta a la representación de la violencia física y psíquica en su ficción para mostrar la necesidad vital de integrarse sin necesidad de disculparse por el procedimiento, demostrando así que lo fundamental es la supervivencia.

Al hilo de los ataques terroristas del 11 de septiembre, Mukherjee comentaba en una entrevista que le realizó Bill Moyers (2003) que en la actualidad no existen ni patrones, ni tradiciones en las que cobijarse. En efecto, con esta afirmación pone de manifiesto que la mujer inmigrante ya está habituada al caos, al desconcierto y al cambio y es ahora el ciudadano medio americano el que debe buscar mecanismos para combatir la violencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CHING-LIANG LOW, Gail 1993: «In a Free State: Post-colonialism and Postmodernism in Bharati Mukherjee's Fiction». *Women: a Cultural Review*. Vol. 4 No. 1. Oxford University Press.

- CONNELL, Michael, Jessie GREARSON and Tom GRIMES 1990: «An Interview with Bharati Mukherjee». *Iowa Review* 20.3: 7-32.
- DAYAL, Samir 1996: «Creating, Preserving, Destroying: Violence in Bharati Mukherjee's *Jasmine*.» *Bharati Mukherjee: Critical Perspectives*. Ed. E.S. NELSON. New York & London: Garland Publishing Inc. 65-88.
- DESHPANDE, Shashi 1997: «The Indian woman –Stereotypes, Images and Realities». URL: <http://ch.8m.com/shashi.html>
- GLEICK, James 1987: *Chaos: Making a New Science*. New York: Penguin.
- GREWAL, Gurleen 1993: «Born Again American: The Immigrant Consciousness in *Jasmine*.» *Bharati Mukherjee: Critical Perspectives*. Ed. E. NELSON. New York & London: Garland Publishing Inc: 181-196.
- JAMESON, Fredric 1991: *Post-Modernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Verso.
- KNIPPLING, Alpana Sharma 1993: «Toward an Investigation of the Subaltern in Bharati Mukherjee's *The Middleman and Other Stories* and *Jasmine*.» *Bharati Mukherjee: Critical Perspectives*. Ed. Emmanuel NELSON. New York: Garland. 143-60.
- KNIPPLING, Alpana Sharma (ed) 1996: *New Immigrant Literatures in the United States: A Sourcebook to Our Multicultural Literary Heritage*. Connecticut: Greenwood Press.
- KOIKE, Roi 1994: «Tornado(s) with the Initial «J»: The Meaning of Chaos Theory in Mukherjee's *Jasmine*.» URL: <http://www.lang.nagoya-u.ac.jp/~nagahata/amlichubu/koike.html>
- LEE, Rachel C. 1999: *The Americas of Asian American Literature*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- MORTON-MOLLO, Sherry. «Cultural Collisions: Dislocation, Reinvention, and Resolution in Bharati Mukherjee.» *Proteus* 11.2 (Fall 1994): 35-38.
- MOYERS, Bill 20/6/2003: «Transcript: Bill Moyers Interviews Bharati Mukherjee». *Now with Bill Moyers*. URL: http://www.pbs.org/now/transcript/transcript_mukherjee.html
- MUKHERJEE, Bharati 1988: «Immigrant Writing: Give Us Your Maximalists!». *New York Times Book Review* 28 Sept 1: 28-29.
- 1989: *Jasmine*. London: Virago.
- 1990: *The Middleman and Other Stories*. London: Virago.
- 1990: *Wife*. New Delhi: Penguin.
- RUPPEL F. Timothy 1995: «Re-inventing ourselves a million times: narrative, desire, identity and Bharati Mukherjee's *Jasmine*.» *College Literature*. 181-192.
- SANT-WADE, Karen & Arvindra RADELL 1992: «Refashioning the Self: Immigrant Women in Bharati Mukherjee's New World». *Studies in Short Fiction*, Vol. 29., No. 1. Winter 1992.
- SHANKAR, Lavina Dhingra 1995: «Activism, Feminisms and Americanization in Bharati Mukherjee's *Wife* and *Jasmine*.» *A Journal of Asian American Cultural Criticism*. URL: <http://socrates.berkeley.edu/~critmass/v3n1/shankar1.html>